

## **PAUL PRESTON. DISCURSO.**

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector de la Universidad de Cantabria, distinguidos profesores y autoridades universitarias, estudiantes, amigos, amigas, Señores y Señoras.

En primer lugar, quiero manifestar mi agradecimiento por esta distinción en esta universidad, en esta ciudad, en esta región y en España, unos lugares que, como intentaré demostrar, tienen una gran importancia en mi vida tanto académica como personal. A continuación, tengo que expresar mi agradecimiento al Departamento de Historia Moderna y Contemporánea y a su Área de Historia Contemporánea que me ha propuesto y particularmente a mi madrina, la profesora María Jesús González Hernández. Parece que la profesora González sabe mucho de mí incluso unas cosas que yo mismo había olvidado.

La laudatio inmerecida que ha pronunciado me ha traído a la mente las colaboraciones que hemos mantenido desde que ella se incorporó en 1999 al Cañada Blanch Centre de la London School of Economics para pasar dos años como investigadora postdoctoral trabajando sobre la cultura política en la Restauración, a lo que luego sumó su interés por las sufragistas británicas. Aquella estancia, a la que siguieron otras muchas, supuso el comienzo de una fructífera relación académica durante muchos años y hasta la actualidad como Senior Research Fellow del centro.

Hace unos momentos, dije que España, Cantabria y su universidad, y la ciudad de Santander tienen mucha importancia en mi vida. Sin embargo, aunque comencé mi relación con España a finales de los años sesenta, no conocí Santander hasta doce años después. Estuve aquí en 1981, cuando todavía se llamaba *Universidad de Santander*. Con ocasión del cincuentenario de la Segunda República fui convidado por Juan Pablo Fusi, a la sazón jefe del departamento de

historia contemporánea, para impartir una conferencia sobre el tema junto a otros queridos colegas, como Ángel Viñas

Mi conexión con Santander se consolidó a causa de varias participaciones mías en las escuelas de verano de la Universidad Menéndez Pelayo y por mi amistad con el gran cántabro Carlos Herreros y su familia. Además, a lo largo de los años, pude establecer una buena relación profesional con historiadores contemporáneos de la Universidad de Cantabria como Manuel Suárez y Ángeles Barrio. Otros miembros de esta área, profesores o estudiantes de doctorado han visitado o van a visitar próximamente el centro donde trabajo manteniendo vivo el vínculo entre nuestras dos universidades.

Como no podría ser de otra manera, un elemento de mi interés por la región viene dado en mi caso por elementos menos gratificantes, como los que nutrieron mi estudio sobre la guerra civil y el sufrimiento del pueblo santanderino reflejado en mi obra *El holocausto español*. Mientras confeccionaba el libro, pude contar con la generosa colaboración de un magnífico historiador local experto en el tema, el malogrado Jesús Gutiérrez Flores.

En dicho libro traté de múltiples temas que afectaron al Santander de la época: el anticlericalismo y la violencia en la primavera de 1936 y durante la guerra civil, el fracaso del golpe militar en 1936 y la represión en la ciudad y la provincia a manos de ambos bandos. Por ejemplo, mientras la provincia estuvo bajo control republicano, cerca de 1.300 derechistas fueron asesinados y muchos de ellos torturados por el jefe de policía Manuel Neila Martín y la gente de su checa. La tensión en la ciudad aumentó con la llegada de 170.000 refugiados desde Euskadi en el verano de 1937, pues la escasez de alimentos y el hecho de ver a miles de personas durmiendo en la calle, entre ellos soldados heridos y mutilados, generó el resentimiento de la población. La ciudad cayó el 26 de agosto a las tropas de Franco. Pocos republicanos pudieron escapar. El alcalde, que se quedó para

entregar la ciudad, fue fusilado sin dilación. En total se juzgó a más de 1.300 personas, de las que 1.267 fueron sentenciadas a muerte. Otras 739 murieron asesinadas en los paseos extrajudiciales, y por lo menos otras 389 murieron a causa de los malos tratos recibidos en prisión. Esta otra historia mía con Santander no es, obviamente, tan idílica como la narrada con anterioridad y se suma, tristemente, al gran mosaico de dolor que supuso la guerra civil y que yo quise reconstruir.

Pero este recorrido que he hecho de mi relación con Santander no responde a la pregunta que se me hace con frecuencia en España, o sea ¿cómo hice el viaje desde un barrio obrero de Liverpool no solamente a Santander sino a dedicar mi vida profesional a la historia de España?

Tuve la suerte de ganar una beca para estudiar historia en la muy elitista Universidad de Oxford. Al entrar en Oxford no tenía ni idea de lo que sería mi vida posterior, no me fui pensando que iba a ser profesor de universidad o historiador profesional. Abundando en lo que dijo mi madrina respecto a lo que suponía ingresar en el Oxford de esos años, la mayoría de los estudiantes hablaban una variante del inglés que se llama el inglés de la Reina o antes el inglés de la BBC. Se dice que hay dos idiomas que se hablan en Inglaterra. Por un lado, está el normando, el lenguaje uniforme y excluyente de las clases acomodadas, la gente educada en los colegios privados, que como ejemplo de la exclusividad de la casta, se llaman escuelas públicas. El otro es el anglosajón el idioma hablado por la gente rusa del cual hay montones de variantes regionales: y ese era el mío. Dejando de lado el problema social de convivir con estudiantes que tenían coches deportivos, tampoco me sentía a gusto con una carrera en la cual había pocas oportunidades de seguir mi interés en la Historia Contemporánea. Esta carencia la compensaban unas bibliotecas extraordinarias y, sobre todo, la posibilidad de asistir a las conferencias de grandes maestros como Isaiah Berlin. Además,

muchos profesores decían con un desdén olímpico que la historia contemporánea era “trabajo de periodistas”. Sin embargo, la historia contemporánea constituía mi gran interés y, muchos años después pude hacer en un libro un homenaje a los corresponsales extranjeros que vinieron a España durante la guerra civil y que precisamente escribieron el primer borrador de la historia del conflicto.

Antes de ir a Oxford, realicé durante un año varios trabajos; trabajé en un supermercado llenando las estanterías, también en una dependencia de correos. Ahora, en Gran Bretaña, es muy corriente tener un año libre antes de ir a la universidad, el que se tiene para madurar, en el que muchos van de viaje para conocer el mundo o para trabajar con una ONG a África. Esto en inglés se llama ‘gap year’ o ‘año intervalo’. Antes no había nada de eso pero, en cambio, existía la posibilidad de trabajar en una escuela como profesor ayudante. Yo fui contratado en una escuela en un barrio obrero “duro” de Liverpool del que salieron varios futbolistas. Creo que fue una experiencia muy útil para mí. En ese recinto había tanto una escuela primaria como un instituto secundario. Yo trabajaba en ambos, pues era el suplente para cuando faltaba alguien. Eso hace que tal vez haya sido uno de los pocos profesores de universidad que ha practicado la docencia desde primaria, secundaria y a todos los niveles de la universidad. Y creo que eso me ha ayudado muchísimo para entender lo importante que es que las clases sean claras y entretenidas. A fin de cuentas, la enseñanza no es más que una rama menor del ‘show business’ o sea el mundo del espectáculo.

Volviendo a mi interés por la historia contemporánea, cuando se acercaba el final de mi carrera en Oxford ya había decidido que quería hacer un doctorado, aunque seguía sin idea de lo que quería ser después. Si me iba a quedar en Oxford y hacer algo de Historia Contemporánea, con un tema relacionado con los años 30, siendo alguien sin dominio de idiomas, la única posibilidad habría sido investigar

un tema de la política exterior británica o algún problema de historia diplomática. A la sazón, no sabía nada de España y, por supuesto que no sabía español. Había estudiado latín y concía algo de francés pero, aunque quería estudiar historia internacional, no me atraía mucho la historia francesa.

Afortunadamente, en la Universidad de Reading, tuve la posibilidad de estudiar con Hugh Thomas, un profesor que funcionaba maravillosamente en pequeños seminarios. Hacía el papel de gran excéntrico inglés y era muy divertido, un buen ejemplo de alguien que entendía la necesidad de hacer aprender el estudiante sin que se diera cuenta a través de unas clases amenas. Estudiar con Thomas me encantaba intelectualmente. Rápidamente llegué a agotar todo los libros existentes en inglés sobre el tema de la guerra civil española y me di cuenta que tenía que aprender español.

Lo hice primero por mi cuenta, de lo que dicen es la peor manera de aprender un idioma, o sea leyendo un libro con un diccionario – en mi caso *Los partidos monárquicos bajo la segunda República* de Santiago Galindo Herrero. Las deficiencias de ese método lo pude subsanar al conocer un grupo de estudiantes colombianos en el bar estudiantil. Luego pasé una temporada en un pueblo andaluz donde no se había visto antes un inglés intentando aprender español y venían a verme cada día desayunando en la plaza para ver si había avanzado algo. Respecto a esta y cientos de otras visitas a diferentes partes de España, tengo que decir que, quizás porque he tenido tantas experiencias lingüísticas muy desagradables en Francia, recuerdo con emoción el calor tan diferente con la cual la gente recibió mis esfuerzos de principiante del español. Desde el primerísimo momento me encontré como si estuviera en mi casa. Cuando dominé bien el idioma me chifló el sentido del humor español, tan semejante al humor del norte de Inglaterra. Como se ve, también me encantaba la cocina española que ha sido mi perdición.

Después de hacer el Master en Reading, volví a Oxford para hacer el doctorado sobre los orígenes sociales de la guerra civil. Estando allí, me pasó algo muy importante. Se publicó un artículo mío en una revista señera y el profesor Thomas me convenció de que tenía que enviarle un ejemplar a Herbert Southworth, el gran historiador excéntrico americano, lo que hice con auténtica trepidación por su fama de gran inquisidor. Durante la guerra civil, Southworth había trabajado para la República española en Nueva York en una agencia de noticias. Después, dedicó gran parte de su vida al estudio de la guerra civil, llegando a ser autor de obras clásicas como *El mito de la cruzada de Franco* y *La destrucción de Guernica*. Como consecuencia de su recibimiento cordial de mi separata, comenzó una relación más bien filial con él. Aprendí mucho de él, empíricamente, teóricamente y sobretodo humanamente hasta tal punto que Herbert se convirtió en la más importante inspiración de mi trabajo. Sin embargo, quizás la lección suya más importante no la aprendí hasta su muerte. Aquella lección fue muy sencilla, fue que tanta sabiduría desaparece con la muerte del sabio. Por lo tanto, siempre he hecho un esfuerzo para estar disponible para los alumnos y los lectores todo lo posible.

Descubrí casi por accidente que tenía cierta vocación de biógrafo. Cuando hice mi tesis, una cosa que me fascinaba era el papel de los individuos. Si alguien me hubiese preguntado cómo me definiría a mí mismo, habría dicho como historiador social. Lo que sucede es que siempre me fascinaban la relación y la interacción entre los individuos y los grandes movimientos históricos. En *La destrucción de la democracia*, me centré mucho, en la parte sobre el PSOE, en la relación entre Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero y Julián Besteiro, y sus partidarios, y dentro de la CEDA, la relación entre Gil Robles y quienes le seguían, las luchas entre la gente moderada de la CEDA como Manuel Giménez Fernández o Luis Lucía y los duros, como Cándido Casanova y otros muchos. Y también, cuando

hice *El triunfo de la democracia*, puse mucho énfasis en el papel de individuos como Santiago Carrillo, Felipe González, el Rey Juan Carlos, Manuel Fraga, Adolfo Suárez, etc. Siempre he estado más a gusto escribiendo sobre individuos, pero nunca habría pensado que eso significara que yo tenía vena de biógrafo. Cuando acepté el encargo de hacer el libro sobre Franco, hacia el año 82, empecé a trabajar con cierta renuencia. En Inglaterra me presionaban: decían que siendo hispanista, debía ocuparme de su figura pero yo tenía la impresión de que Franco era tan aburrido, tan odioso, que no me interesaba. Sin embargo, una vez que empecé, me di cuenta de que me enganché. Franco era, personalmente hablando, un enigma, con aspectos bastante cómicos: un hombre que pagaba a un alquimista y a un tramoyista que le ofreció confeccionar un polvo que disuelto en agua creaba el petróleo, que pensaba que Juan XXIII era masón o que Pablo VI era bolchevique, o que el mundo estaba regido por un superestado masónico que no se sabía si estaba en la luna o debajo del Atlántico y al cual obedecían los gobiernos de Washington y Londres.

Ahora, a mi pesar, me he involucrado en el proyecto de escribir una historia de España desde la primera República hasta la actualidad. Con la esperanza de hacerlo más interesante para mí y también para el futuro lector, decidí abordarla con la perspectiva de una temática triple – la corrupción, la incompetencia política y las fracturas y divisiones sociales que se derivan de los dos primeros temas. Ha sido casi como escribir la historia del Brexit y, como el Brexit, es una fuente de perplejidad y desasosiego. Con este tema, he tenido que abandonar temporalmente mis aficiones biográficas aunque he aprendido mucho de ciertas figuras como Antonio Maura, Francesc Cambó y el general Miguel Primo de Rivera. Todavía estoy lejos de llegar a conclusiones finales sobre el misterio central, o sea, por qué un país, sea España o Gran Bretaña, adquiere una clase política incompetente e indiferente al interés nacional.

Cuando empecé mi carrera de historiador, todavía albergaba esperanzas de seguir leyendo todo lo que salía de historia italiana, rusa, alemana, inglesa etc... pero poco a poco y por la avalancha de cosas que salían sobre España me iba especializando cada vez más. Hasta el punto de que realmente lo único de que sé algo es de la historia contemporánea de España. A veces mi mujer me dice: “¿Por qué no vamos a la India?” Y yo le contesto: “Es que hay trozos de España que aún no conozco.” Como digo muchas veces a mis alumnos: En esta vida se puede saber muchísimo de poco o poquísimo de mucho y les pongo el ejemplo de la mesa: Esta mesa es la historia del mundo, de ahí hasta aquí es el paso de los años, la cronología, y de aquí hasta ahí es la geografía. Todo eso es el mundo. Hay quien conoce toda la mesa pero solamente hasta el nivel del barniz. En cambio yo, ese nudo de aquí lo conozco hasta el sótano. Es una elección que creo que cada historiador toma.

Con este breve recorrido por mi vida, he ido acercándome a Santander y a esta Universidad. Soy muy consciente Señor Rector, del alto honor que me hace usted y el claustro de esta Universidad de Cantabria y del privilegio de poder considerarme de ahora en adelante una pequeña parte, un miembro más de esta comunidad universitaria . Muchas, muchas gracias.